

De la Amistad

Por el Lic. Alfonso Francisco RAMIREZ

(Envío del autor)

Cuentan que Enrique Heine, aquel «ruiseñor alemán que anidó en la peluca de Voltaire», en una melancólica tarde otoñal en París, cuando el viento desprendía las últimas hojas de los castaños, arremolinándolas en las solitarias avenidas del Luxemburgo, y el mal que le llevó a la tumba le atenaceaba el pecho, murmuraba a un confidente: «La admirable amistad, el amor inmortal, el verdadero fundamento de la filosofía, son cosas preciosas que he buscado siempre, y no he encontrado jamás». Antes, el príncipe de los oradores sagrados de Francia, ya en los umbrales de la vejez, agobiado de laureles y dolencias, exclamaba en un dejo de amargura: «Nuestras amistades se van con los intereses y con los años».

Más afortunado que Heine y más dichoso que Bossuet, yo sí encontré la Amistad y siempre he tenido amigos a mi lado. La conocí en los claros años de mi niñez. La vida en flor se entreabría empapada en rocío de cielo y tintas de alborada. En el inocente bullir de la escuela, entre risas de cristal y aleteo de pájaros, nacieron afectos que el tiempo fué modelando hasta imprimirles firmeza diamantina. Algunas de aquellas criaturas alcanzaron la gravedad de la edad adulta; otros se embarcaron tempranamente hacia el misterio, pero desde allí continuamos el diálogo balbuciente, bajo las altas horas de las noches estrelladas.

Volví a hallar la Amistad en las horas doradas de mi adolescencia y de mi juventud. El abril florido engalanaba los jardines con sus más frescas rosas, zureaba la torcaz en el abrigo de las frondas y el agua de las fuentes se deslizaba entre los jazmineros, musitando su canción de amor. La ilusión encendía el alma y la novia, casi irreal, era un iris de gloria en la cascada de los versos. Pero los libros me fascinaban también con una elocuencia, que se iría transformando lentamente en inefable comunión. Era el asomarse medroso a los grandes problemas que han inquietado la inteligencia humana, los primeros contactos con los sistemas filosóficos y las doctrinas de los pensadores inmortales.

Vino en seguida el estudio del Derecho. La contemplación de profundas cuestiones éticas, jurídicas y sociales, en un mundo en transformación. La vocación que afinaba sus perfiles, bajo el signo de la responsabilidad. Los primeros destellos de la política que se hacía oleaje en la calle, y serenidad en las páginas magníficas de los textos. En estos años inolvidables, brotaron simpatías imperecederas. Compañeros que fraternizamos en los más nobles ideales, en las más románticas empresas, en los más locos sueños de porvenir. Maestros que me dispensaron los tesoros de su sabiduría, y me enseñaron los secretos de la tolerancia y del perdón.

Y vinieron los días severos de la madurez. En ellos encontré también al Amigo. En medio de los arduos afanes profesionales, en la cátedra, en el periodismo, en la convivencia social. Su palabra afable resonó en mis oídos: en los momentos de luz y en las horas sombrías, en la adversidad y en el dolor, en la enfermedad y en los instantes amables decorados por las burbujas del champán. Tuve entre las mías manos francas y sinceras, en las jornadas candentes de la lucha cívica, cuando la Cámara de Diputados se transformó en hirviente

crisol de pasiones y la sombra del peligro se proyectaba siniestramente sobre el haz de la República.

Más tarde, encontré la Amistad entre mis compañeros los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, todos ellos espejo de caballeros, paradigma de amigos, ejemplos de pulcritud espiritual.

Y, hoy y siempre, en el corazón de la gente sencilla de Oaxaca, que me ha brindado la suavidad de su hogar y la fragancia de su cariño.

Por consiguiente no soy, no puedo ser un escéptico que dijera con el poeta español: «Por cada rosa que tu vista encante— cuántas espinas herirán tu pie;— por un amigo fiel, bueno y constante,— cuántos traidores burlarán tu fe!» Yo puedo afirmar: si alguien me engañó, no lo he sabido; si me lo señalaron, no lo recuerdo.

Soy un creyente de la Amistad. Y esta convicción se depura y abriga en esta ocasión, en que gentiles damas y cumplidos caballeros aquí reunidos, inmerecidamente me hacen objeto de su distinción, con motivo de la publicación de mi libro «Antología del Pensamiento Político». Todo el mundo es capaz de simpatizar con las penalidades del amigo, escribía Oscar Wilde; mas para simpatizar con sus éxitos, se necesita una naturaleza singularmente delicada. Tal acontece ahora, en que con exquisita elegancia espiritual, unen ustedes su alegría a mi íntima satisfacción.

(Concluye en la siguiente página)

POEMA 20

A Inés

«*De la rama desierta de su pelo!*»
R. B. Molinari

*Imaginándote venir así, rumbo a la cita,
fresca de años, pura,
sabiente de mi cariño, novia,
imagino no sé qué temblor en tu cuerpo,
no sé qué calor en tus manos,
una alegría de cabello mojado y peinado,
un rayo de miedo que atraviesa tus pechos,
un entremezclar de dedos en la larga espera.
Adivinándote venir así, rumbo al encuentro,
te imagino más en el aire
que sobre las baldosas de las veredas,
cuando vienes así, llena de amor y de miedo.*

Fernando Pedro ALONSO

Buenos Aires, 1958.